

Respecto a los *oficiales* apóstoles permanentes, tambien son enteramente inútiles, si, como quieren los protestantes, la religión se enseña con repartir Biblias. Así lo hacen sus misioneros en la India, en Africa i en todas partes a donde van estos apóstoles de escopeta i perro con las lenguas del cenáculo encuadernadas en pastas de becerro, porque así las echa el Espíritu tipográfico sobre el cenículo de la Sociedad Bíblica.

Si el Doctor protestante no puede reducir a cautiverio la razón de nadie para que obedezca a Cristo, él no puede adelantar un paso donde quiera que se le diga: «no entendemos la palabra de Dios como usted: nosotros la entendemos de otro modo.» Esto ha comprendido el protestantismo, i por eso, su apostolado debe ser mudo; debe ser de pantomima, reduciéndose a repartir libros para que la fé entre por los ojos i no por el oído, como quiere San Pablo cuando concluye: «Luego la fé es por el oído, i el oído por la palabra.» (Rom. X-17, i Gál. III-2 i 5.)

No le queda pues, otra misión al apostolado protestante que repartir Biblias. Luego la Iglesia no necesita de ese tren de *oficiales* permanentes i extraordinarios para la propagación de la fé, sino únicamente de impresores de Biblias i repartidores.—Pero entónces diremos, como con tanta gracia suele decir el señor articulista, «Jesucristo mostró muy pocos alcances cuando mandó a sus discípulos que predicaran el Evangelio a toda criatura.» (Mar. XVI-15.) en vez de habernos descubierto desde entónces el arte de la imprenta, i mandar que todo el mundo aprendiera a leer como cosa necesaria para salvarse.

No obstante todo esto, el protestantismo consecuente con sus inconsecuencias, reconoce Obispos, *oficiales* que por cierto no se hallan en el texto de San Pablo con que él nos arguye contra el primado de San Pedro; i si es verdad que aquella es la lista de los *oficiales permanentes* i *extraordinarios* de la Iglesia, sin que pueda haber otros, que es lo que tira a probar el hábil protestante, entónces ¿cómo tienen ellos en primer lugar Obispos? Pero es el caso, que fuera de la lista de *oficiales* que el articulista nos alega, encontramos en el mismo San Pablo otras, en que habla de otros *oficiales permanentes* i *extraordinarios*, como son Obispos, Presbíteros i diáconos. (1.ª Tim.—Tito.)

Tambien encontramos otro lugar del Apóstol, en que explica a los Efesios la misma doctrina sobre la unidad, que a los Corintios en el texto citado; i por este lugar, que está en todo el capítulo IV, se comprende mas claramente que, en el XII de 2.ª a los Corintios, no quiso hacer enumeración de funcionarios eclesiásticos, sino de los dones del espíritu que Dios reparte, i así dice: «Mas a cada uno de nosotros ha sido dada la gracia segun la medida de la donación de Cristo, (Rom- XII, 4. 8.) i él mismo dió a unos ciertamente apóstoles (ola gracia del apostolado) i a otros profetas, (don de profecía) i a otros evangelistas, (predicadores) i a otros pastores i doctores, (don de gobierno i de ciencia) para la consumación de los Santos en la obra del ministerio para edificar el cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe.» (Ef. IV-7. 11 i 12.)

Como ya hemos observado, es la misma doctrina enseñada a los Corintios en la epístola citada por el articulista, hasta con el mismo ejemplo; pero los términos de que usa aquí el Apóstol son mas claros para hacer comprender que no se trata de los empleados que Dios ha establecido en la Iglesia, porque entónces se seguiría, a mas del absurdo que hemos notado de hacer figurar como personas las entidades morales, otro peor, porque habria que creer que «a cada uno de nosotros» se nos habia repartido, a unos apóstoles, a otros evangelistas, a otros

profetas, a otros doctores &c. de modo que los que tenían quien les evangelizara, no tenían quien les predicara, i los que tenían quien les predicara, no tenían quien les profetizara &c.

Muy bien debe haber conocido el articulista que el texto de los Efesios a que nos referimos; contiene la explicación del de los Corintios que él ha querido pervertir dándole el sentido que no tiene, i por eso se ha abstenido de citarlo, como lo debía haber hecho siendo concordante con el otro, práctica que usa en el mismo artículo con otros que le han parecido concordar en el sentido en que los ha querido hacer valer.—¿Ignoraba el articulista protestante que en la epístola a los Galatas hai ese texto concordante con el de los Corintios?

Queda, pues, demostrado que el texto en que se apoya para arguir contra el primado de San Pedro, no viene al caso, puesto que San Pablo no habla en él de tales *oficiales* de la Iglesia, sino de los dones que Dios reparte «a cada uno de nosotros.» (Efe. IV, 7.)

### COLABORADORES.

Un joven ilustrado de Bogotá que al mismo tiempo que cultiva con brillo la literatura, se gloria de profesar i difundir la fé de sus padres, nos ha dirigido este artículo que insertamos con mucho gusto.

#### Salvemos la patria salvando la Religión.

Quando leemos la historia del Catolicismo acometido en todas las épocas de su existencia con toda clase de armas, i con un encarnizamiento que raya en locura, al verlo levantarse vigoroso i floreciente, tenemos que descubrir en él un jémen sobrenatural, un principio de vida que no podrá apagar las mas valientes leñones, i cuya fuente está en el Ser Supremo. Casualmente en las naciones que mas lo han tiranizado, que han procurado arrancarlo de raíz con la muerte de sus prosélitos, se ha dilatado como por encanto, i los tiranos desparoidos han visto levantarse al frente de sus tronos, la humilde pero invencible cátedra del Catolicismo. Es porque esta Religión sublime, como una luz del Cielo, brilla por sí misma, sin necesidad del esplendor mundano, i los hombres que hasta por instinto amamos lo bello; tenemos que admirar en todo católico digno de tal nombre, una imagen viviente de la verdad i un monumento alzado a la virtud. No son, pues, las armas materiales, las que podrán abrir entre nosotros el sepulcro a la Religión de nuestros Padres: creemos que hai una arma mil veces mas poderosa, i cuyo filo no ha querido Dios embotar, para darnos tal vez ocasion de precavernos de ella; i hacer algo en bien de lo que mas nos interesa—nuestra Religión, base de toda felicidad privada i pública. Esa arma es la indiferencia.

Existen entre nosotros unos pocos hombres, que se han arrogado la triste misión de escandalizar al pueblo propalando las doctrinas mas inmorales i disociadoras. Existen otros que, despues de estar separados la Iglesia i el Estado, juzgan que la misión de aquella en la tierra está concluida, i que éste tiene por el mero hecho, la facultad de hacer i de ensayar lo que mas le cuadrare. Pero ¿qué? despues de que el Estado retira a la Iglesia su falaz i mentida protección ¿queda por ventura emancipado del poder de Dios? El solo es árbitro i autor de las sociedades i todas ellas tienen que estar basadas en él. ¿No dicen los Francmasones mismos que Dios es el arquitecto del Universo? Pues entónces al hombre le será permitido *retocarlo*, estableciendo las fórmulas de gobierno; pero no echarlo a tierra, minándolo desde sus cimientos. I esto es lo que indudablemente quieren hacer aquí los enemigos del Catolicismo, proseguir en su obra de re-

forma, que en buena moneda quiere decir, destrucción. Arrojarán a lo ménos el velo, i mostrarán sin ambages, la Religión a que pertenecen. Pero, qué hacen? se glorian de seguir la Religión del Cristo, de basar en las doctrinas de este, el código de sus principios políticos, mientras que allá en su corazón lo que anhelan es la muerte del Catolicismo, i sin descansar trabajan por aridecer el corazón del pueblo, sembrar en él la indiferencia absoluta, i prometerle el planteamiento de doctrinas que, si llegaran a realizarse, tendríamos que presenciarnos desde el fondo de la mas terrible anarquía. «No queremos gobierno,» han comenzado ya a clamar: Religión i gobierno son las rémoras del progreso social.» La autoridad es incompatible con la Libertad.» Leed los periódicos redactados hoy por los jóvenes de la nueva escuela, i tendreis que repetir instintivamente con Velarde.

Doquier blasfemias: salvajes gritos,  
Doquier escombros i cinismo inmundo,  
La cruz sucumbe! los antiguos mitos  
Están tomando por asalto el mundo!

¿Qué hace entre tanto i qué debe hacer el pueblo de la Nueva Granada ante ese puñado de hombres sin freno? Huirá despavorido, como las armadas de nuestras antiguas tribus al primer embate del conquistador? Permitirá que sobre los escombros de la Religión legada por nuestros Padres como una herencia incomparable, se levante el pendón funestísimo de la Reforma Religiosa i Política? Oh! la indiferencia, ese puñal de tres filos amenaza muy de serio el corazón de la Patria! I es preciso notar que la indiferencia religiosa envuelve siempre la indiferencia política; porque en vano romperán los hombres el lazo visible que une la nación, i el Estado: hai una fuerza oculta que los hace salvarse o perecer a un tiempo. Un eminente escritor ha dicho que: EN UN PAIS SIN RELIGION, NO HABRA NI LIBERTAD NI JUSTICIA.

Así pues; todo hombre de convicciones, todo hombre que estime lo que vale la Religión católica i lo mucho que le debemos, debe venir en circunstancias tan solemnes como las actuales, a engrosar sus filas i a prestarle su brazo. El que ame a su patria ayudará a salvarla, salvando la Religión que hasta el día de hoy ha sido su cimiento i su apoyo. La Nueva Granada vá a entrar en una senda enteramente nueva; no tanto por la forma de Gobierno, como por los hombres i las ideas que van a entrar en lucha. El partido sectario de Proudhon i Luis Blanc tiene esperanza del triunfo i no desmayará en la lucha. Verémos como se ostenta el partido católico; si él sacudiera su indiferencia habitual podría desmenuzarse al contrario i hacer sólida la paz i felicidad de pueblos que tantos la merecen i que tantas veces han sido ajitados, ensangrentados, casi destruidos por los que se titulan «Revolucionarios pacíficos.» Revoluciones pacíficas llaman ellos al cúmulo de absurdos que siembran en los pueblos la ajitación i discordia, como esas nubes que no derraman en los campos la benéfica lluvia sino el mortífero rayo.

La Religión Católica no pide a sus prosélitos otra cosa que amor. Si la amáramos con el espíritu i la práctica, es seguro que ella, desdeñando a sus oscuros enemigos pasaría derramando sus tesoros sobre nosotros i también sobre ellos.

Luz i oscuridad.

(SEGUNDO ARTICULO.)

Sicut tenebræ ejus, ita et fumen ejus.

Así es su luz, como son sus tinieblas.

(Ps. 138, v. 12.)

Mentid, mentid resueltamente amigos míos, siempre

quedará algo. . . . Me importa mucho ser leído, i muy poco ser criticado.» Tal aconsejaba Voltaire a sus secuaces, i tal practica fielmente uno de sus mas fervorosos discípulos, quien, a falta del sueldo de la presidencia de la República que se prometiera allá en dorados sueños, está recibiendo un salario mas que suficiente de los empresarios de *El Tiempo*, para deprimir i vejar todo lo que hai de mas respetable i sagrado para los pueblos. Como nos hemos impuesto la enojosa tarea de evidenciar la ignorancia o mala fe de los que atacan la creencia católica, no podemos eximirnos de seguir, hasta donde nos ayude nuestra escasa comprensión, el intrincado laberinto en que perfecciona su sistema de mentiras i calumnias, el mismo escritor a quien en nuestro artículo anterior tuvimos el atrevimiento de rebatir.

Introdúcese nuestro articulista con símiles inimitables por su gracia i oportunidad, en que nos habla de pájaros que gritan (si es que los pájaros gritan,) de árboles i de leñadores i de uno que fue soldado, esto es, de uno que empuñó las armas para defender la libertad de la República, comprometida por la turbulencia i ambición de los que corren tras la presidencia i que, una vez prendida la llama de la guerra civil, andan en pos de asilos i escondites, dejando a otros el cuidado de proporcionarles paz i seguridad para que desplieguen su valor i heroísmo contra ancianos Prelados e inofensivos hombres de sotana. Ostentando el malogrado candidato un soberano desden por las autoridades que, en fuerza de sus deberes han querido frenar su anticatólica propaganda, manifiesta auarago pensar de haber desperdiciado sus preciosas dotes con jentes retrógradas i obstinadas, incapaces por ello de comprenderle i de admirarle: a esto nada replicaremos, pues sabemos que cada uno es dueño de caangrarse de sí mismo hasta un extremo extraordinario, como nos lo prueba el Narciso de la fábula, quien, recreándose en su bella figura a la orilla de una fuente, préndase de su grata imájen i absorto en su contemplación, consúmese por grados hasta quedar convertido en flor; quizás a causas análogas deba nuestro escritor la flacura i exualidez de su semblante, i quizás le véamos pronto cambiado en constelación; con todo nos conformamos siempre que no lleve a cabo su terrible amenaza de retirar a los Prelados sus consejos i amonestaciones, pues no alcanzamos a dónde iria a parar la Iglesia, si se viese privada de tan resplandiente lumínar.

Al través de su erudita algarabía deja ver el articulista, que el Sr. Arzobispo ha estado en su derecho cuando ha prohibido la lectura de obras inmorales; i si esto es así; cómo justificareis vuestras virulentas i calumniosas agresiones! ¡Será que la sublime esfera en que estais colocados, os autoriza para atacar derechos ajenos i ultrajar a los que pueden i deben usar de ellos?

Prescindiremos de vuestras galanterías en lo que concierne a nuestras miras i a nuestro intento de recibir las gracias arzobispales, pues, fuera de que no es nuestro ánimo ocupar la atención pública con la discusión de nuestra persona, comprendemos muy bien cuál es el valor que darán los hombres cuerdos a las imputaciones i dictámenes de una pluma anónima i mercenaria, aun cuando esta sea manejada por presidentes en embrión.

Con el tono majistral i sentencioso de un eminente personaje; nos negais el criterio necesario para saber lo que debe o no creerse en esos libros de historia eclesiástica que tanto despreciais, i prometeis corregirnos la plana aunque no sea mas que para castigar un poco nuestra pueril présunción; nunca nos creímos acreedores a tanta dicha i a tanta honra, pero veamos si nuestro Presidente-pedagogo ha sabido cumplir su protectora e inapreciable oferta.

Con un aplomo que es enteramente vuestro, habiais aventurado la especie de que, en los tres primeros siglos del cristianismo no era costumbre de la Iglesia censurar i anatematizar a los que la aflijian i escandalizaban de palabra o por escrito; para desmentiros adujimos algunas citas extractadas de los anales de esos tiempos primitivos, i que nos oponéis ahora a la lógica irresistible de los hechos, para salir airosos del cargo de ignorantes o de embusteros que tan merecidamente os habeis granjeado? ¿con qué nos probais nuestra falta de criterio? Con una desaliñada e indigesta disertación [perdónenos vuestra falta de sabiduría] en la que nos ensartais a los Gnósticos i a los Ebionitas, i a Tertuliano, i a Ciceron i a Luciano; en la que remedais pésimamente a Gibbon i a otros historiadores anticristianos; i en la que os veis forzados a